

GETYS UNIVERSIDAD

Luis E. Linares Borboa
(coordinador)



Para no perder
las palabras
Relatos de los abuelos

LUIS E. LINARES BORBOA
(coordinador)

**Para no perder las palabras.
Relatos de los abuelos**

Prólogo de
Luis Fernando Oviedo Villavicencio

Textos por
Pedro Ortega Ruiz
José Mendoza Retamoza
Ángel Montañez Aguilar
Hilda Borboa de Linares
Reducinda Rivera Cárdenas (Nana Chinda)
Rosa Silva Mosqueda (Rosita)
María del Carmen Echeverría del Valle (Cusi)
Rubén de León Espinoza
Patricia Pacho Ruiz
Juan Samuel Díaz Hermosillo

Epílogo de
Patricio Bayardo Gómez

EDITORIAL CETYS

Para no perder las palabras. Relatos de los abuelos

D. R. © Luis E. Linares Borboa (coordinador)

D. R. © Programa Editorial del CETYS Universidad,
Instituto Educativo del Noroeste, A. C.,
Calzada CETYS, colonia Rivera s/n, Mexicali, Baja California,
C.P. 22159. Tel. (686) 557-3700.
www.cetys.mx

Primera edición, mayo de 2018

ISBN: 978-607-97452-9-5

Edición y formación: Néstor de J. Robles Gutiérrez
Ilustraciones de interiores: Luis E. Linares Borboa
Diseño de cubiertas: Rosa Espinoza

La presente es una edición de circulación cerrada y exclusiva del CETYS Universidad. Queda prohibida, sin la autorización expresa del editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos reprográfico y tratamiento informático.

IMPRESO EN MÉXICO

ÍNDICE

Presentación: Memoria, relato e identidad familiar <i>Luis E. Linares Borboa</i>	11
Prólogo: El remendador de recuerdos <i>Luis Fernando Oviedo Villavicencio</i>	21
A mis nietas, en mi corazón <i>Pedro Ortega Ruiz</i>	37
Cómo ser abuelos <i>José Mendoza Retamoza</i>	47
Chinto, el abuelo que pudo ser millonario <i>Ángel Montañez Aguilar</i>	57
Un Mexicali diferente <i>Hilda Borboa de Linares</i>	69
A Murcia, España, sí voy <i>Reducinda Rivera Cárdenas (Nana Chinda)</i>	85
Una carta especial de un viaje maravilloso <i>Rosa Silva Mosqueda (Rosita)</i>	99

Cuba y México: mis raíces, mis países	109
<i>María del Carmen Echeverría del Valle (Cusi)</i>	
Recuerdos de otoño	131
<i>Rubén de León Espinoza</i>	
La abuela que no conocíamos	149
<i>Patricia Pacho Ruiz</i>	
Una infancia fantástica.	
Mi vida en San Luis Potosí	159
<i>Juan Samuel Díaz Hermosillo</i>	
Epílogo: De la abuela Elisa, en tres tiempos	173
<i>Patricio Bayardo Gómez</i>	





PRESENTACIÓN:
MEMORIA, RELATO E IDENTIDAD FAMILIAR

Luis E. Linares Borboa

*Las comunidades de memoria que nos vinculan
con el pasado, nos dirigen asimismo hacia el futuro
como comunidades de esperanza.*

Robert Bellah

La vida en familia se construye de las maneras más sorprendentes que uno pueda imaginarse. No sólo es cuestión de cuántos miembros conforman el grupo familiar, y de cómo cada uno se relaciona con los demás, sino que los matices surgen cuando cada persona, viviendo bajo sus propias circunstancias, se apropia de los acontecimientos y luego regresa a ponerlos en común. Esas experiencias de vivir cotidianamente como familia, se vuelven procesos complejos, pues requieren tiempo para desarrollarse y, por desgracia en el momento actual, la carencia de tiempos cotidianos para renovar y disfrutar de encuentros interpersonales, pueden vaciar el significado

social y el valor educativo de la familia. Esta colección de textos —trayectos vitales narrados por abuelos— cobra sentido como una estrategia que, desde el campo educativo, ayuda a resignificar la identidad familiar.

La construcción narrativa de la dinámica familiar permite ir generando una identidad, que tiene que ver tanto con los grandes acontecimientos y situaciones límite vividas, como con detalles aparentemente intrascendentes, pero que van quedando grabados en la memoria, y que al paso del tiempo, con los años, se descubre que permanecen ahí, apuntalando épocas ya pasadas, que permiten evocar a los amigos, a la familia, la escuela o el lugar de juego, y que, desde la experiencia de quien lo vivió, se convierten en pinceladas necesarias para que la pintura de la vida tenga claridad. Cuando se vive alguna experiencia fuerte, y van pasando décadas, los acontecimientos empiezan a ser narrados una y otra vez, hasta que algunos llegan a formar parte de la biografía familiar, de manera que nombres, lugares, objetos, empiezan a ser conocidos por las nuevas generaciones, siempre a través del filtro de un relato narrado por quien lo vivió.

Casi siempre esas narraciones son orales: cuando un hijo pregunta, cuando en una reunión familiar algún nieto quiere saber, o cuando otro tan viejo como los abuelos sonrío al recordar hechos de los que pudo ser cómplice, y los revive al desvelar algún detalle que tal vez era ignorado por las nuevas generaciones, que, picadas por la curiosidad, quieren conocer un poco más. Pero de pronto, cuando algunas de esas historias pasan de una narración oral a ser plasmadas en un relato escrito, obligan a quien fue testigo, a quien lo vivió, a precisar un poco más, con la

gran ventaja que no se busca escribir un ensayo histórico, sino que dan como resultado un texto que pretende ser compartido como es recordado, pues su valor es precisamente ese, ser un recuerdo que vale por estar en la cabeza y en el corazón de quienes vivieron ese acontecimiento.

Por eso, reunir historias de abuelos, y ver, a través de sus ojos cómo es que una etapa, un acontecimiento, o el encuentro con una persona los marcó, cobra un profundo significado, pues permite entender por qué los abuelos —nuestros abuelos— son como son. Cada uno de ellos fue niño. Desde la mirada de su infancia fueron acumulando recuerdos y atesorando experiencias que los llevaron a vivir su juventud cargados de una cosmovisión propia.

¿Por qué un abuelo es más expresivo que otro? ¿Por qué la abuela cambió de ciudad? ¿Cuándo decidió el abuelo que quería dedicarse a una actividad particular? ¿Qué clase de travesuras eran pensables hace cincuenta o más años? No hay una respuesta única, ni la explicación a todo ello tiene que ser completada; cada abuelo, cada abuela, guarda en su memoria lo que le resultó significativo, y eso es lo que va narrando como huella de su andar en el mundo. Si la familia, empleando la expresión de Lluís Duch, se convierte en una estructura de acogida, la memoria de los miembros mayores de la familia se va convirtiendo en los retratos que adornan las paredes de esa estructura.

Dicho en otros términos, la familia se compone de los miembros de la misma, pero igualmente de las relaciones que se construyen, con acciones y con palabras, cargadas de afectos y evocaciones, de presencias y de

aprendizajes, que permiten que cada nueva generación no sea recibida en el vacío; desde el nacimiento, o incluso desde la espera de un nuevo miembro de la familia, su carga afectiva, su ambiente, su lenguaje, su mundo, empiezan a ser contruidos, a volverse habitables, a partir de esas narraciones que los mayores, los abuelos, van tejendo cada día.

La memoria, con lo que queda grabado en ella, es una recreación de la realidad, que no es una película precisa, cuadro por cuadro. Se parece más a una pintura, que puede ser, por ejemplo, minimalista o renacentista, más realista o más abstracta; en todo caso, el pintor busca transmitir una experiencia con su imagen; lo mismo pasa con quien narra un acontecimiento desde su propia óptica. Al escuchar la narración de un suceso, quienes reciben esa anécdota empiezan a reconocer los rasgos que dan identidad al narrador. Si pensamos en un abuelo, como sucede en los diversos textos que componen este libro, el lector, que puede ser un nieto, un hijo, o cualquier otra persona, puede imaginar el acontecimiento vivido tal vez décadas atrás, en un ambiente culturalmente distinto al actual, y seguramente empezará a distinguir algunos rasgos que caracterizan a la persona mayor.

El ser humano es un ser histórico, y descubre en su existencia de cada día que su identidad personal se moldea con las situaciones que le toca vivir. Cuando cobra conciencia de sí mismo, entiende que su personalidad se fragua en parte por el entorno en que se desenvuelve. Pasa por experiencias que le permiten realizarse como persona, y en tanto que éstas sean más significativas,

más hondamente quedan grabadas en su memoria. Algunos de esos eventos pueden quedar ocultos para los demás, porque prefieran dejarse en el fuero interno de quien lo vivió; pero otros acontecimientos resuenan como voz que busca ser escuchada por otros; entonces, ante cualquier oportunidad, brota la anécdota, incluso en ocasiones de manera recurrente, simplemente porque merece ser contada, porque al compartirla, la experiencia se recrea una y otra vez. La historicidad expresada en relatos permite entender que la vida puso delante del abuelo diversos caminos, pero se eligió uno, y esa elección, con mayor o menor nivel de conciencia, fue marcando la historia de nuestros mayores. Lo vivido por ellos, orientó, aunque no determinó, nuestra propia existencia. Esa es la belleza de conocer lo que los abuelos han vivido.

El relato de lo vivido no es un conjunto de datos históricos, sino una clave de interpretación de la realidad, es decir, una forma propuesta para realizarnos como personas. Y eso es, fundamentalmente, un acto educativo. El relato nos liga con otro tiempo, con otras personas, y puede convertirse en parte de nuestro bagaje biográfico, pues quedamos unidos por acontecimientos pasados que se vuelven nuestros. Quien narra una y otra vez, interpreta y reinterpreta la realidad, y al transmitir su versión de los hechos, no sólo comparte historia, sino que hace historia. Y esas historias previas, pequeños momentos biográficos, nos han permitido desarrollar nuestro propio sendero; en ese sentido, somos herederos y deudores de muchas generaciones que, sin saberlo, con su caminar, han participado de nuestra educación.

¿Dónde radica el valor educativo de estos relatos? La respuesta se puede expresar, al menos desde cuatro ángulos.

En primer término, compartir estas experiencias por escrito, permite que el testimonio sea conocido para que muchos lo disfruten y aprendan de él. Cuando las narraciones son únicamente orales, es un círculo pequeño el que lo aprovecha; en cambio, cuando las palabras quedan por escrito, lo contenido en ellas puede ser difundido con círculos cada vez más amplios, con posibilidades de encontrar eco en vivencias similares de nuevas generaciones. El texto escrito deja de ser una anécdota que pertenece solamente a quien la vivió, y pasa a pertenecer, al menos un poco, a los lectores. Esas vivencias tienen un profundo valor educativo, pues los seres humanos, al adquirir conciencia de lo ocurrido en nuestro entorno, podemos obtener nuevos aprendizajes que ayudan a ampliar nuestra cosmovisión, nuestra propia manera de entender la existencia.

En segundo lugar, los textos aquí narrados pueden ayudar a otros, contemporáneos de los abuelos, a recordar lo que ellos mismos han vivido, enriqueciendo con sus propias experiencias a otros círculos familiares. Llegar a la mayoría de edad —¡qué mejor mayoría de edad que la de los abuelos!— no implica ser incapaz de aportar; al contrario, con estos recuerdos que comparten, los autores de este libro demuestra que, desde su edad, pueden acompañar a otros, incluyendo a miembros de su misma generación. Esta forma de compartir experiencias por escrito es un medio valioso para permitir que, desde contextos culturales diversos, se pueda ayudar a quienes,

en una etapa de plena madurez, encuentren o reencuentren claves de interpretación para asumir y valorar su propio camino.

Un tercer punto es aprovechar que la narración de sucesos de épocas pasadas, tal como son planteados en este libro, permite a las nuevas generaciones comprender mejor lo ocurrido en esos tiempos, sin la rigurosidad de un libro escolar o de un ensayo académico, y con la riqueza que representa entender que los actores de la historia son personas con las que nos une un lazo de sangre, una amistad, un proyecto común que surgió décadas atrás. El aprender para la vida ocurre no sólo en las aulas, sino fundamentalmente con la manera en que asumimos la experiencia personal y colectiva. Decir que se puede aprender de otros, cobra mayor sentido cuando se trata de experiencias relatadas sin prisas, asumidas con la serenidad que solo el paso de los años puede brindar.

El cuarto aspecto es que la narración es un camino privilegiado para compartir esperanza. Quien comparte una historia pasada, muestra, en el mismo acto de compartir, que lo vivido ha permitido llegar al presente con la riqueza que se tiene como persona. Entender el valor transformativo de los acontecimientos permite saber que siempre se puede modificar la propia existencia; que nuestra vida, la de cada persona, no es un camino trazado de principio a fin sin alternativas, y que en realidad, el conjunto de experiencias vividas, buenas y malas, generan trayectos singulares, que siempre pueden ser mejores.

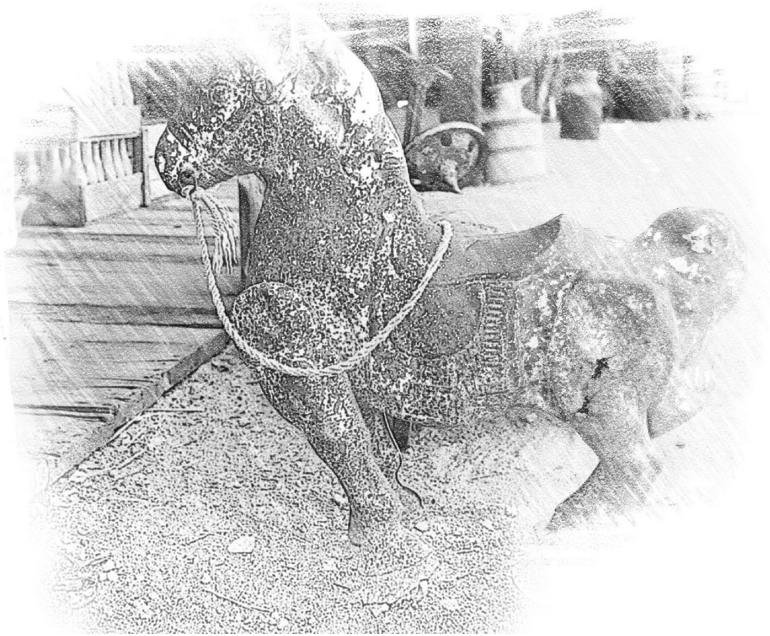
Esas cuatro razones nos han llevado a la publicación de este libro, a pedir a otros que, desde su experiencia de ser abuelos, abran una parte de sí mismos, le den un cier-

to orden, e interpreten ese tramo de su caminar a la luz de su memoria actual. Aprovechar su lucidez y su presencia es necesario y es deseable, antes que el tiempo nos borre esas huellas que, trazadas en muchos casos previamente a nuestro nacimiento, fueron generando proyectos existenciales de los que somos herederos. Si en este momento no hubiéramos recuperado estos fragmentos de memoria, tal vez en algunos años, diríamos, reescribiendo a Agustín de Hipona: ¡Tarde te amé, memoria siempre antigua y siempre nueva! ¡Tú estabas conmigo, más yo no estuve contigo! ¡No gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti!

Transmitir estos relatos, experiencia vital narrada que nos permite conocer mejor a otros, es también una herencia, valiosa por proceder de quien procede, rica por la carga afectiva que cada frase conlleva, y pretexto, a fin de cuentas, para que cada abuela que escribió, cada abuelo que se atrevió a dejar en palabras impresas una parte de su vida nos vuelva a decir, de muchas formas, cuánto nos aman.

Los procesos de transmisión, de afectuosa transmisión, que ocurren en el ámbito familiar se traducen en un camino que permite habitar significativamente en el mundo, facilitando la configuración de nuestra forma de convivir y moviendo a la persona a transitar desde un plano privado a la esfera de lo público, reconociendo que somos seres sociales. Seguir asumiendo esas transmisiones implica aceptar que, a cualquier edad, continuamos como aprendices de nuestra humanidad. En síntesis, aquello que ayude a lograr que la dinámica familiar resulte inteligible, es algo que vale la pena rescatar porque da

sentido a un núcleo de personas que conviven todos los días, y al ofrecer esas claves de interpretación de lo vivido, resulta más sencillo afianzar e impulsar ese proyecto valioso, frágil, único —semejante a otros, pero diferente— que es la familia.



PRÓLOGO:
EL REMENDADOR DE RECUERDOS

Luis Fernando Oviedo Villavicencio

Muchos de mis recuerdos se han desdibujado al evocarlos, han devenido en polvo como un cristal irremediabilmente herido.

Tal vez no viví en mí mismo; tal vez viví la vida de los otros.

Pablo Neruda

La maravillosa pero frágil relación entre un abuelo y sus nietos lleva una buena dosis de complicidad para poder funcionar. A veces no basta ese amor incondicional que nace por la supervivencia de la especie, hace falta un toque mágico que una y establezca un canal de comunicación para que ambas partes den y reciban lo mejor de ellos mismos. Frente a sí estarán dos mundos: el del furgón de relatos que compartir y el de las páginas vírgenes por llenar. Historias con estos protagonistas habrá muchas. Cada quien tendrá una que sea su favorita y le aporte la cantidad de nutrientes sentimentales necesarios para estar bien con la conciencia y el corazón. Pero cuando ese binomio muestra su fragilidad, la tristeza puede calar hondo, provocando desazón y letargo.

Pero pensemos en el lado optimista del caso. Cuando el nieto tiene la claridad suficiente para querer satisfacer toda su curiosidad acerca del pasado de sus abuelos, inevitablemente aparecerán las preguntas en sus labios párvulos: Abuelo, ¿tú qué hacías cuando tenías mi edad? ¿Dónde naciste? ¿Cómo conociste a la abuela? ¿Eras aplicado en la escuela? ¿No tuviste problemas de conducta en la primaria? ¿Cuál es tu nieto preferido? ¿Y cómo era tu papá? ¿Qué estudiaste? En las respuestas, verídicas o fantasiosas, va la mezcla que afianza y confirma los lazos de afinidad. El fisgoneo se presenta y hay que saciarlo. Así, el ayer habrá irrumpido en una vida joven, ayudándole a comprender si todo tiempo pasado fue mejor o no. Simultáneamente se trasmite la historia personal o familiar para que no se pierda en la espesura de los años, incluso llegan a ser relatos ignorados por la generación intermedia. Un nieto es más sagaz o inocente para hurgar en el pasado que un hijo. En contraste la palabra vivida no tendrá tierra fértil donde caer, sólo habrá un juego de indiferencia recíproca; cobrando una cuota macabra de hipocresía en el día a día. Un teatro de lo absurdo si pensamos que por ellos corre la misma sangre. Al final, no habrá curiosidad que indague en los arcones donde se depositan los recuerdos más emotivos.

Los interrogatorios a mi abuela para mí fueron una de las experiencias más enriquecedoras que me aportaron un bagaje de sentimientos, vivencias y recuerdos de mi familia. Si había o no preguntas era lo de menos, con una simple mirada se prendía el motor de esa máquina retroexcavadora del pasado, y empezaba el desfile de personajes, lugares y acontecimientos que desembocaban en

la crónica de su vida. Ahora viene a mi mente una historia, dentro del centenar que me contó ella, que trata de un ilusionista que trabaja con los recuerdos de las personas para sanar las malas relaciones, cuando se trata de heridas y grietas hechas voluntaria o involuntariamente. Aunque la esencia no es el relato en sí, lo es la sabiduría con que mi abuela quería contribuir en mi formación, para hacerme más humano. Por eso aquí la comparto para poner de relieve la importancia de escuchar lo que los abuelos guardan celosamente, que deberían de compartir a la menor provocación de sus nietos.

§

Así me encuentro con Santiago Riquelme, un hombre joven curtido en los caminos de la vida; los que provocaron que entrara a una dinámica especial en el contacto con los suyos que le forjó el carácter, y lo hizo crecer como persona. Como era común en las postrimerías del siglo xx, su abuelo lo había educado mientras los padres se partían el lomo para proveer lo indispensable para el hogar. Una mañana de octubre, mientras hacía la parada acostumbrada en el Café de la Esquina, donde los ciudadanos destilan los primeros pensamientos del día y se preparan para afrontar la jornada, conversaba acerca de sus actividades con Aníbal, un parroquiano cliente del café. Se habían conocido porque ambos eran asiduos concurrentes de ese establecimiento y adictos a la cafeína. Santiago respondía así a una pregunta acerca de su pasatiempo favorito.

—Como simple mortal trabajo y en mi tiempo libre me dedico a remendar recuerdos. Cualquier pensante

se preguntará cómo es eso. Es una labor seductora que busca vivencias y experiencias olvidadas en las personas, para retraerlas a su presente y remendar aquellas cosas que afectan sus relaciones con otros individuos; aportándoles una especie de cura. Lo hago sin perseguir ningún fin de lucro, aclaro. En ocasiones, cuando me encuentro ante una taza de café, mi alma tiembla y sus espasmos me llevan inevitablemente hasta caer en trance, abstrayéndome por instantes de la realidad; traspasando el aire y los sentidos, inexplicablemente lúcido en medio de lo imaginario. Por eso una buena taza de café se convierte en mi mejor herramienta de trabajo para remendar. Basta un sorbo o sólo aspirar ese elixir, para que se abra una puerta al ayer y a través de ella ir en busca de la ubicación que me dan los clientes y así hurgar en sus recuerdos. La elección de cuáles traer es meramente intuición, experiencia, sentido común o lo que sea.

—No le entiendo, la mera verdad. ¿Insinúa usted que viaja en el tiempo? —preguntó entre confundido e incrédulo Aníbal, el parroquiano curioso.

—Digamos que, en sentido estricto, sí. Pero no físicamente sino con el pensamiento y la imaginación. Debo reconocer que se necesita el mismo esfuerzo para ir y volver en la mente, que cargar maletas por los largos pasillos de los aeropuertos; es igual de desgastante.

—Usted disculpará mi insistencia, pero no comprendo cómo se hace para viajar y atrapar recuerdos ajenos para traerlos al presente. Si con los de uno se batalla para retenerlos. ¿Entra usted en trance como espiritista?

—No, no es para tanto. Más bien me concentro, pongo la mente en blanco como en el yoga, y entonces

vienen a mi cerebro imágenes que me transmiten con un ligero toque a las sienas de mis clientes. Se puede decir que es como un don, un regalo de Dios. Pero no hago alarde de eso, sólo lo aplico a rescatar recuerdos perdidos y a través de ellos, aliviar un poco las angustias y los miedos de las personas. Aunque no exclusivamente tienen que ser una situación problemática, también se aplica para cumplir y cerrar un ciclo de vida. Cuando un cliente atormentado ha sufrido la pérdida de un ser querido y no termina por aceptarlo porque calló algo importante, hay que trabajarlo para que lo deje ir y descanse en paz, si no, su alma andará penando sin un lugar fijo en el mundo de los muertos. No pretendo que olviden al que se adelantó en el camino, porque si sobreviene el olvido en la tierra, se provoca otra vez la muerte en el más allá. Muchas culturas tienen esa creencia.

—Pero, ¿cómo se dio cuenta que poseía ese don?

—Lo descubrí después del funeral de mi abuelo. Al llegar a casa, encontré señales que me dejó. Estoy seguro de que pasó a despedirse de mí. Yo significaba mucho para él, tanto como él para mí.

—¿Qué clase de señales fueron esas? Usted me está empezando a asustar y a dar miedo.

—Al regreso del camposanto hallé una carta sobre mi cama, escrita de puño y letra de mi abuelo. Meses antes él me dio ese sobre con la consigna de abrirlo después de su muerte. Se veía tan sano y tan fuerte, que pensé que habrían de pasar algunos años para que se diera esa condición. Hasta lo reprimí por decir que su fin estaba cerca. En son de broma le dije que seguiría al pie de la letra su última voluntad y guardé la misiva entre mis pertenencias. Sinceramente la tenía tras-

papelada en un cajón y ese día ahí estaba, recargada sobre la almohada. La atmósfera era propicia para esa despedida. En la sala estaba un viejo tocadiscos, o tornamesa como le llaman ahora, que tocaba un vinil del trío Los Panchos y Eddie Gorme; reproduciendo “Sabor a mí”, su canción preferida. Y no va usted a creerme, pero como por arte de magia, en el ambiente flotaba un aroma dulce entre vainilla y piloncillo, sin que en la cocina se apreciara algún movimiento o cacharro sucio. Era el mismo olor que inundaba su estancia cuando merendaba su entremés favorito, las empanadas de frijol dulce. Esa fue una huella clara de su paso por casa. Se me agudizaron los sentidos y pude hacer la lectura de esas señales, en parte porque no quería que la estela que dejó la presencia de mi abuelo se diluyera muy rápido. Quería perpetuar su existencia, que todavía un día antes era real. No se imagina cuánto me dolió perderlo. Sabía que estaba en esa etapa de negación inicial. Tenía que encausarla, de modo que decidí abrir la carta en el jardín, desde donde se apreciaba el mar a lo lejos. Busqué una taza de café bien cargado y salí con la curiosidad a flor de piel.

»Esa tarde el sol había empezado a descender sobre el horizonte con ritmo lento, lo hacía flanqueado por un grupo de nubes, en cantidad suficiente como para no estropear el espectáculo del atardecer y dándole un marco nostálgico, con sabor a despedida. Ese momento y ese lugar me los reservó la vida para estar en conexión conmigo mismo. Encontré una piedra a manera de butaca y me senté frente al teatro de la naturaleza, con una pantalla que era un lienzo perfecto para dibujar sueños y ponerlos a danzar entre el celaje blanco que se teñía de naranja al paso de los minutos, como un mecanismo de

autodefensa contra el dolor. Lo que logró abstraerme fue oír cómo el sol se fundía con el horizonte, apagándose con las aguas del mar, como cuando se apaga una pavesa con la lluvia. Me aseguré de escucharlo callando hasta los pensamientos. En la lejanía vi cómo el sol producía vapor al tocar el oleaje y luego desaparecía, bajando la cortina de la oscuridad. Sólo quedó el mar y el horizonte, presagiando la noche larga que vendría, cubriendo las horas, la mirada y también a mi corazón.

»Saqué la carta del sobre y me tropecé con su caligrafía inconfundible. Los renglones torcidos que escribió el abuelo, una tarde en que presintió que su misión en esta vida estaba completa, más no así la labor de guía y tutor de su nieto; me fueron refrendando el gran amor que me profesaba, la gran preocupación que yo le significaba y el legado más grande que pudo hacerme. Se propuso continuar esa tarea más allá de la tumba y me lo hacía extensivo. Sentí una dualidad de sentimientos recorriéndome el cuerpo, entre una felicidad gozosa y una incertidumbre escalofriante. Yo lo quería mucho, pues tomó el rol de maestro más que de abuelo. Era un ángel de la guarda que me observaba y me guiaba, sacando una enseñanza y una moraleja a cada acontecer. Me quiso preparar para valerme por mí mismo y ser fuerte desde mi interior, así nadie me haría daño. Estaba convencido que yo sería su continuidad. No su clon, sino que seguiría sus consejos que sólo buscaban discernir entre el bien y el mal. Me enseñó a moldear el barro para que yo me construyera como quisiera, pero conservando su esencia.

—¿Entonces a raíz de la muerte de su abuelo, usted empieza con las alucinaciones?

—No sea usted incrédulo, no son alucinaciones. Para mí es una función extrasensorial del cerebro que mi abuelo descubrió en mi infancia, pero esperó hasta el final para revelarme y a su manera, ayudarme a desarrollar. En esa carta póstuma me explicó cómo me estudió por años y aprendió que yo tenía un don especial que no parecía humano, y quería que lo supiera. Vio que tenía capacidad para meterme en mis recuerdos y estudiar el pasado, primero para entender algunas decisiones o situaciones que me atañían, y después para lograr conexión con otras personas a través de recuerdos compartidos, sin que ellos se dieran cuenta. Lo que mi abuelo no me dijo, pero por casualidad descubrí, fue que podía hacer todo eso en recuerdos ajenos.

—A ver, ¿cómo? ¿Usted dice que si yo le cuento mis penas, se puede ir y sacar otros recuerdos y explicarme a mí, qué cosas sucedieron en el pasado sin que yo me diera cuenta?

—No es usted tan tonto como se pudiera pensar, Aníbal. Por ahí va la cosa. Pero sólo lo hago cuando hay una necesidad que resolver. Cuando alguien se siente incompleto porque carece de una parte de sus recuerdos, entro en acción y trato de recuperárselos. La mayoría los relacionan con seres queridos que han fallecido, pero funciona mejor con los que todavía están a tiempo de convivir más en lo terrenal. Por lo regular esa porción oculta de una experiencia vivida entre dos o más personas, es la causa de malentendidos.

—Casi casi se puede decir que usted, Santiago, es un médium, que se comunica con los muertos.

—¡Momentito! Usted no se me equivoque. Creo que no ha entendido. Yo no hablo con los muertos, ni

me comunico al más allá. ¡Qué más quisiera contactar al abuelo! Pero no, no invocó a las almas en pena, ni a las que no lo están. En un principio pensé que a través de mis recuerdos podría encadenarme a los que tengo en común con el viejo, y así poder verlo. Pero esa conexión sólo se logra con los recuerdos de los vivos. Yo creo que él pensó lo mismo y se fue llevándose la esperanza de no irse del todo. Reconozco que me hace mucha falta y que siempre lo tengo presente. Me siento desamparado sin su guía. Puedo arreglar los miedos y los sinsabores de los demás, pero en algunas cosas no estoy capacitado para hacer algo por mí. Pobre abuelo, se ha de haber quedado esperándome.

—Disculpe mi curiosidad, pero me interesó el tema con lo que me cuenta. ¿Podría relatarme algún caso de la vida real, donde usted haya utilizado su poder?

—No soy un superhéroe para tener poderes. Es simplemente una capacidad paranormal, que yo achaco a haber trabajado los recuerdos con mi abuelo. Él siempre me contó su vida y obra. Estaba muy orgulloso de cómo la vivió, y no se cansaba de platicarme los pasajes que más le significaron, así como sus éxitos y sus fracasos. Ahora entiendo que experimentaba conmigo y trataba de conocer cómo funcionaba mi habilidad. Cuando me contó nuestro primer encuentro, o sea, cuando me conoció en la cuna, dijo que había tenido sensaciones extrañas, superiores al simple hecho de ver a su descendencia llegar a este mundo. En la carta me dice que lo interpretó como el primer signo de que se estaban uniendo nuestros recuerdos. De ahí en adelante sería un eslabón compartido en nuestro pasado. Mi frustración es no haberlo hablado

con él. Alguna vez completó un recuerdo al que le faltaba el desenlace, con una parte de uno mío. Esos experimentos que hacía le confirmaban su teoría acerca de mi conexión neuronal.

»Pero le voy a contar el primer caso donde utilicé esa cualidad, para ayudar a la gente. Me atreví a hacerlo, en parte por curiosidad y porque era una situación de nieto y abuelo, y eso me recordaba mucho a mi viejo. Tal vez inconscientemente le hacía un tributo. Me procuró el sobrino de un antiguo compañero de facultad, que tenía problemas. Él era Eduardo y su antepasado se llamaba Lauro. Pertenecían a una familia disfuncional, pues los padres de Eduardo se habían divorciado y desde ese momento los vínculos con los abuelos se terminaron de romper, pues ya venían mal. Pasado el tiempo y tal vez por la falta de la figura paterna, el joven sintió la urgencia de restablecer los vínculos con su abuelo. No sabía cómo acercarse, pues Lauro estaba entrado en años y era un hueso duro de roer; personalmente sentía que casi lo odiaba. No iba a dar fácilmente su brazo a torcer. Platiqué con Eduardo quien me contó cómo era su relación con el abuelo, buscaba encontrar puntos de inflexión por donde trabajar para restablecer la conexión familiar. Realmente el caso era difícil, puesto que el rompimiento se produjo cuando era niño y no recordaba muchos momentos compartidos. El caso se ensombrecía fuertemente si consideramos que entre las pocas ocasiones de encuentro no había alguna de carácter trascendente.

—Entonces, ¿no había de dónde agarrarse? Acaso el abuelo no tenía corazón —espetó el cafetero, ya metido de lleno en el tema y tomando partido en favor del joven.

—Efectivamente era un hombre duro. No obstante, en el fondo algo movía su conciencia. Habría que comprender que de por sí es normal que la comunicación entre diferentes generaciones no sea fluida, mucho menos cuando la brecha generacional es tan amplia. Si no hay puntos de coincidencia en el trato diario, mucho menos los habrá archivados en los recuerdos. Pero alguno existiría para remendar.

»Sin recurrir a la hipnosis me esforcé para que Eduardo recuperara tan sólo un recuerdo, donde él y su abuelo tuvieran un momento conflictivo; como una señal para entender la raíz del enojo y por ende saber dónde comenzar la sanación. Fue interesante el ejercicio mental para buscar el punto de partida del distanciamiento, que se vino a ubicar cuando en compañía de su abuela doña Eva le habían jugado una broma. Él tenía sólo cuatro años, de modo que ella no batalló para embaucarlo en la operación escondite de dentadura postiza. Quería escarmentar a su marido para que al amanecer no comiera las galletas saladas en la cama y con cuyo crujido, la despertaba antes de lo deseado. Amén del pánico que le provocaban los ratones que iban en pos de las migajas que se filtraban por entre las sábanas. Evocó cómo después de esa anécdota, don Lauro se había vuelto hosco y seco con él; había experimentado un sentimiento de desolación, pues el abuelo lo había culpado de que sus placas dentales no sólo desaparecieran, sino que las encontrara con un diente menos. Sin comprender nada el niño sufrió el desdén, ignorando que fue su abuela la responsable de que los dientes postizos fueran a caer al piso, después de dar una vuelta de campana en el aire. Doña Eva hizo parecer culpable al infante ante los ojos de Lauro,

porque conocía el carácter rencoroso de su cónyuge y no quiso tenerlo que aguantar, reprochándole de por vida, o lo que le quedaba de ella. En su lecho de muerte, doña Eva le confesó a Eduardo su arrepentimiento, más no al marido. Se lamentó de haber contribuido al alejamiento de su abuelo, y lo conminó a acercarse a él de nuevo y a tenerle paciencia. Intentó explicarle la verdad, pero don Lauro no le creyó, y como la abuela no podía confirmar la versión desde el más allá, pues aquello quedó en los mismos términos de siempre.

—Pero no me diga que le hizo hasta de dentista reparando placas dentales. Si se pudiera corregir el pasado para componer el presente, viviríamos en el mundo feliz que nos describió Aldous Huxley en su libro.

—Calle, esa es otra historia, donde nadie se preocupa por nada. Todavía nosotros mantenemos los sentimientos intactos. Lauro y Eva eran un matrimonio normal y muy tradicional, tal vez su única desilusión fue el fracaso sentimental de su hijo. Hasta llegaron a culparse porque su ejemplo no pesó nada en la decisión del divorcio. Los que pagaron el pato fueron Eduardo y su hermano, quienes sufrieron el desgajamiento de su hogar y el alejamiento de sus abuelos paternos. Pasado el tiempo Eduardo buscó arreglar la situación una vez más. Lo iba a hacer a como Dios le dio a entender, pero escuchó de mí y quiso asegurar el éxito de la empresa, pues era eso o mandar al cuerno sus intenciones.

—¿Cómo descubrió el pasaje de la dentadura postiza del abuelo? Dice usted que ese era la punta de la madeja, que había que jalar para intentar acercar al chico con el anciano.

—Toqué las sienes de Eduardo, una vez que éste se concentró; puso la mente en blanco para que fluyeran los recuerdos de sus ancestros. Era como una rocola, donde están todos los discos etiquetados y el selector detecta aquel que le solicitan. A través de las yemas de mis dedos conecté la mente a sus recuerdos, el archivo estaba casi vacío, al parecer hubo poco contacto entre ambos. Fue una agradable coincidencia, que siendo mi primer caso hubo poca memoria almacenada que revisar. De modo que fue fácil encontrar la experiencia que había afectado la relación. Entonces agregamos la información que le faltaba para que el abuelo pudiera visualizar la parte donde la abuela aparecía como responsable, y así exculpara al nieto.

—Pero, ¿no necesitó usted también tratar al abuelo? Es decir, que él estuviera presente.

—No fue necesario, automáticamente se ajustó el recuerdo en los dos bancos de recuerdos.

— ¿Y qué pasó, reaccionó el abuelo?

—Como si fuera un iluminado. De repente creyó ver un destello, al recordar por primera vez que la verdadera responsable de la quebradura de su diente de cerámica, fue su consorte y no el pobre niño al que culpó. Súbitamente experimentó una necesidad extrema por ver a su nieto, y de alguna forma compensar tantos años de frialdad. Digo, si hubiera sido un poco más flexible y hubiera perdonado tomando el percance como un accidente o travesura, pues el tiempo no hubiera sido tan cruel, argamasando sentimientos negativos. Ahora viven felices como en los cuentos, tratando de compensar el tiempo perdido. Lauro desaprovechó muchas vivencias que pudo

tener viendo crecer al crío, y ahora que lo reencontró hecho casi un hombre, quiere resarcir a diario el yerro imperdonable de cortar la comunicación con su descendencia, por un detalle sin importancia. Total, nada le costó andar desdentado por unos días mientras el ortodoncista le reconstruía su placa.

—Pues oiga, Santiago, qué buena noticia saber que cualquier desaguisado tiene remedio a través de remendar un recuerdo, aún y cuando haya pasado el tiempo. Me parece fabuloso que se estudie el encadenamiento y se detecte si hay un eslabón defectuoso o faltante, como si fuera una secuencia de ADN. Pero más asombroso me resulta que con una técnica de espejo se pueda copiar y colocar lo ignorado en la contraparte. Todo esto se pudiera evitar, pero estamos muy mal acostumbrados a callar y a rumear interiormente nuestros problemas. Escondemos la cabeza en la arena como avestruces, en vez de enfrentarnos a ellos y a las personas involucradas para esclarecer las cosas. Deberíamos hacer eso y después que cada quien archive su versión.

Aníbal, el parroquiano cafetero, había entendido por fin la interesante labor altruista de Santiago. Cuántos casos no conocemos que les haría bien una terapia de este tipo. Debemos de darle la espalda a ese masoquismo mal entendido de disfrutar de las relaciones conflictivas con nuestros seres queridos. No es comprensible que el rencor sea un buen alimento, que nutra el alma; por el contrario, la amarga y la pudre. Bien claro lo tiene el remendador de recuerdos, que a la menor provocación intenta poner su granito de arena para mejorar las relaciones de los demás, en tributo a la inmejorable

relación que tuvo con su abuelo. Cada vez que termina una sanación, siente que se desdobra en el aquí y ahora, de frente al allá y el antes, una dualidad entre el yo adulto y el yo niño, entre yo aquí y su imagen proyectada en otro sitio en espacio y tiempo. Luego las partes se unen y a vivir la vida. La plática de aquella mañana llegaba a su fin, como también la bebida en sus respectivas tazas, a pesar de las innumerables recargas. El cafetero había aprendido algo nuevo y estaba listo para pregonar que en la existencia hay esperanza para arreglar cosas que están estacionadas en el pasado. Como seguramente volverían a coincidir en aquel café, dejaron la barra y Santiago se despidió afablemente.

—Bueno, amigo, la mañana se ha descolgado a buen ritmo y es necesario ponernos en movimiento, aunque sea sábado. Lo dejo porque voy al panteón a visitar la tumba de mi viejo. No me perdonaría si no le llevo su crisantemo amarillo, ni le pongo a Los Panchos con Eddie Gorme, tampoco si no le convido unas ricas empanadas de frijol dulce, hechas exprofeso para la ocasión. Hoy es su aniversario de muerte y tenemos pendiente una larga conversación.

Dicha esta última frase, Santiago dio media vuelta y empezó a caminar con una cadencia de fiesta, pero como si fuera acompañado. El encuentro con su abuelo le producía una alegría infinita. Aníbal lo vio marcharse desconcertado, su cara empezaba a mostrar la duda si todo lo que había escuchado tenía tintes de verdad o de locura. Pensó que todo lo que había oído habían sido cuentos chinos, al tiempo que aspiraba el dulce aroma a vainilla y piloncillo que no supo de dónde venía.

Cuántos remendadores de recuerdos se necesitan en la actualidad que nos ha tocado vivir, para mitigar las heridas de aquellos que han caído en las garras de la incomprensión. Alguien con atrevimientos suficientes para ver por debajo del agua y leer entre líneas, lo que un par de videntes no quieren ver. La vida pasa en un suspiro como para amargarla con actitudes negativas. Prefiero ver a un abuelo contándoles cuentos a sus nietos, o a una abuela enseñando a bordar a una nieta; tal vez a un niño instruyendo a su abuelo con el uso de videojuegos. Lo que sigue en este libro es producto de ese amor y complicidad incondicionales. Es un ejercicio de reflexión para transmitir alguna imagen que, consiente o subconscientemente sin saberlo, un día era escrita para la eternidad.